

**BOCETOS DE UN VIAJE
A TRAVÉS DEL PAÍS VASCO**

POR

GUILLERMO DE HUMBOLDT⁽¹⁾

Guillermo de Humboldt, conocidísimo en el mundo científico, sobre todo de filólogos, estadistas y literatos, lo es muy especialmente de cuantos nos dedicamos al estudio del bascuence. Sabido es que él fué quien hizo la solemne presentación de este idioma a los filólogos extranjeros en su obra (Comprobación de las investigaciones sobre los primitivos habitantes de España mediante el bascuence (2), desde donde arranca la importancia que se concede al euskera para resolver ciertos problemas. Humboldt depuró y universalizó las doctrinas de nuestros eruditos y diligentes Larramendi, Astarloa, Moguel, etc. Hay en francés una traducción de esta obra hecha por Mr. Marrast, traducción que no conozco, y en castellano corre una desdichadísima, sacada no del original ciertamente, sino de la versión francesa. El autor de la traducción castellana, a quien no debo mencionar, era completamente lego en la materia que traducía. Es lástima que obra de tanta importancia, aunque anticuada ya, no esté en nuestras manos bien traducida y anotada, trabajo que si Dios me da salud y tiempo disponible, espero hacer. algún día.

Recorriendo hace poco la colección de las obras de Guillermo de Humboldt (Wilhelm von Humboldt's Gesammelte Werke. Berlin. G. Reimer. 1841-1852) que de 1841 a 1852 publicó en Berlin su hermano Alejandro el autor del Cosmos y que se hallan en este Ateneo de Madrid, hallé en el tercero de los siete tomos de que consta un breve escrito (desde la pág. 213 a la 240) titulado *Reiseskizzen aus*

(1) Este trabajo salió a luz en la revista «Euskal-Erria». San Sebastián. Tomo XX. Año 1889.

(2) Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner hispaniens vermittelt der baskischen Sprache.

Biscaya que es el que traduzco bajo el título que encabeza estas líneas, título largo, pero el único creo que exprese lo que expresa el alemán. En cuanto leí el trabajo me pareció digno de darlo a conocer en la *Euskal-Erria*, que ha publicado varias veces escritos sobre el país basco juzgado por los extraños. Aunque solo fuera por el autor, benemérito entre nosotros, merecía traducirse. Guillermo de Humboldt hizo el viaje que aquí describe en 1799. Iba de paso a Madrid por el antiguo camino de Francia, como se ve por el relato. El trabajo estaba inédito hasta que se publicó en la colección citada, y no conozco traducción ni en castellano ni en otra lengua. Humboldt dice viaje por Bizcaya, pero es que él, siguiendo un descuido frecuente, llama Bizcaya a todo el país basco y bizcainos a los bascos, hasta tal punto que en el viaje ni siquiera pisó tierra propiamente bizcaina. En la traducción hago siempre la sustitución.

Llama a los bascos *nation*, dictado que conservo.

Con el trascurso del tiempo ha perdido ciertamente gran parte de su interés, por otra parte hay digresiones como la de San Juan de Luz, extrañas al objeto, pero aun así creo deber conservar el trabajo íntegro. Sea como fuere, todo es jugoso en los grandes hombres.

Hay notas de psicología comparada, el parangón entre el basco y el catalán por ejemplo, curiosísimas y a que son, tan inclinados los alemanes, fundadores de la que llaman *Völkerpsychologie*, psicología de los pueblos.

Es curiosa la disertación sobre la etimología de Oeaso, aunque sacada en gran parte del P. Risco.

Bien comprendo que toda comparación es odiosa y acaso lo serán para alguien las que Humboldt establece entre bascongados y castellanos, pero téngase en cuenta que fueron hechas por un extranjero, igualmente fuera de una como de otra raza.

Alguna que otra vez me he permitido intercalar entre las notas del autor notas mías, lo que creo me será perdonado.

Y déjome de prólogo para ceder el campo a Humboldt.

MIGUEL DE UNAMUNO.

**BOCETOS DE UN VIAJE
A TRAVÉS DEL PAÍS VASCO**

FOR

GUILLERMO DE HUMBOLDT



I

SAN JUAN DE LUZ

Nuestra impaciencia por saludar la frontera española tuvo que aguantar un día mas de lo que habíamos creído. El camino estaba increíblemente malo, el piso de la calzada. como removido de raíz, y las piedras yacían apiladas en medio de la calle.

No eran estos los últimos vestigios que nos recordaban la última guerra entre Francia y España (1) y la, incuria de la administración interior desde la revolución. Las pruebas más expresivas hallamos en San Juan de Luz. Un brazo de mar penetra en tierra y divide este pequeño lugar en dos partes. Sobre este brazo hay edificado un largo puente de madera, y como el mar es aquí muy tormentoso, están las orillas cubiertas con magníficos muelles de piedra. Pero desde hace algunos años se han descuidado por completo estos diques contra las olas invasoras; los muelles. se han deteriorado y en parte destruído, las mareas han arrastrado ya algunas de las cabañas de pescadores que había en la ribera y amenazan llevarse a otras, y el puente está tan estropeado, que solo se permite pasar por él a los peatones. Si no se contienen las invasiones del mar, corre serio peligro toda la parte de alderredor del puerto.

Llegamos al lugar justamente al tiempo de la marea creciente, y como nuestro coche había de atravesar el agua, nos vimos obligados

(1) La de 1795, en que los franceses tomaron con suma facilidad a Bilbao y Vitoria. (N. del T.)

a esperar a bajamar y pernoctar aquí contra nuestro propósito. Dimos un paseo al puerto, nos sentamos en el estropeado muelle junto a unos pescadores, cuyo pobre botín y los fuertes miembros que brillaban desnudos entre andrajos que los cubrían, nos recordaban vivamente a los pescadores de Teócrito, y gozamos infinitamente con el espectáculo del mar agitado por la tormenta.

El golfo de San Juan de Luz es muy pintoresco. Pequeño, bien definido por dos promontorios, a la derecha el fuerte de Santa Bárbara, y a la izquierda el que lleva el nombre del lugar, ofrece a la vista una superficie que fácilmente se domina. Las olas rodaban hasta nosotros majestuosamente desde alta mar, sostenidas por el encuentro de las que volvían, rompíase su oscura y encrespada cima en blanca espuma; desde nuestro punto central corría de repente un encendido fuego a ambos lados en inmensa serie y chocando con redoblaba fuerza rompíanse ruidosamente en la boca del puerto. La misma corriente se agitaba con violencia delante de nosotros, contenida por la opresión del flujo y el reflujo, desbordaba detrás nuestro con la rapidez de una saeta en graciosas líneas serpentinadas sobre la resbaladiza ribera; y tan rápido era el movimiento, que si la segunda ola encontraba a la primera que volvía, se veía como en trasparente cristal dos lunas de espejo sobrepuestas, deslizándose en opuestas direcciones. A lo lejos oíamos un sordo rumor, un embrollado barullo de olas; la espuma de la oscura corriente saltaba en los escollos salientes, y en la extensa llanura del mar vacilaban a las veces las relucientes velas de algún barco.

En los Pirineos, aquellas monstruosas masas de peñascos, desnudos de toda verdura mitigadora habíanme amenudo trasportado a las tempranas edades de la primera formación del mundo. Ofrecen el espectáculo de una eterna calma inactiva de una mole que oprimiendo siempre al centro de gravedad amenaza desplomarse por no poderse contraer unos peñascos en otros. Al aspecto del mar, por el contrario, tiende la imaginación a lo opuesto, es la temible movilidad que amenaza a toda la tierra, que se multiplica por todos lados con increíble celeridad, abriéndose al más insignificante choque el monstruoso abismo. Aquella eterna calma, este eterno rodar, ambos según ciegas leyes y ambos en indiferentes y enormes masas muertas, los desordenados elementos del caos son las imágenes en que nos muestra la muerta naturaleza su sublimidad, en que obra una sombría y desconocida fuerza, junto a la que enmudece y se disipa todo lo espiritual.

El ímpetu de formación brota de sí mismo como la planta que saliendo de las resquebrajaduras de la roca, y abrazando sus escarpados ángulos conserva su organización viva en medio de la devastación, y como la chispa oculta en la piedra.

En cada vivo símbolo de la naturaleza tiene sensible superioridad uno de estos diversos elementos, la fuerza muerta o la vivificante. Homero y los griegos pintaban mejor la naturaleza en la diversidad de sus formas y la plenitud de su movimiento; la fantasía septentrional de Ossian se detiene con preferencia en sus rudas, solitarias y oscuras masas. Pero aún falta el poeta que buscando profundamente case la materia informe con la fuerza plástica, y rechazando lánguidas descripciones exprese la lucha y la unión de las fuerzas creadoras. Acaso hiciera adelantar algunos pasos más a la cosmogonía o por lo menos a la parte menos cultivada de la poesía, la didáctica, enriquecida así con un modelo desconocido antes. Aquí no busca la imaginación poética inflamar mundos con mundos, amontonar fábula con fábula. Quiere levantar en el hombre las fuerzas para que comprenda la creación fuera de él, y pueda producir en sí algo semejante. Pues en nosotros lucha aún una materia informe, unos indeterminados esfuerzos e impulsos con los pensamientos ordenados y la intuición regular; reunimos estos elementos en uno y estamos dotados de imaginación para enlazarlos por lo menos en el momento de su unidad originaria.

II

FRONTERA ESPAÑOLA

La parte occidental de los Pirineos se hunde en el mar poco a poco y se pierde en la costa en insignificantes colinas. La parte oriental, por el contrario, es escarpada, y opone al mar mediterráneo abruptos promontorios. Por esto ha tenido que ser escavado con gran trabajo a través de las rocas el camino de Perpiñan a España, y el de Bayona se desliza entre pequeñas alturas.

El paisaje es aquí más encantador que grandioso, pero no le falta variedad. Se encuentra uno rodeado de grandes y pequeñas montañas, tiene constantemente de cara algunos de los elevados Pirineos, y el mar aparece por momentos sobre las pequeñas colinas.

La marca entre España y Francia es, como es sabido, el Bida-

soa (1) en el paso de Beovia. Desde una pequeña altura se divisan ambos países.

La línea que separa dos reinos es siempre un espectáculo interesante por poco diferentes que sean los suelos y los habitantes separados. Es una pared divisoria por la cual el capricho o la casualidad ha condenado a dos sociedades humanas a diferente suerte,

Parece natural que las razas, lo mismo que otros productos del suelo (*Gewächse des Bodens*) se extiendan más cuanto más fortifiquen sus fuerzas creadoras, no las destructoras. Sus límites políticos se pondrían, pues, verosímilmente de por sí en conformidad con las separaciones naturales del país. En una extensión mayor seguirían en el mismo valle las riberas del mismo río, como subiendo de una montaña a otra se halla otro clima, otro suelo, y lo que impresiona más el sentimiento y la imaginación aún de los hombres más incultos, otro aspecto de país y otra vegetación. Se puede aún en los tiempos primeros de la Europa habitada, en que circunstancias generales producían extraordinarias emigraciones de pueblos, considerar con bastante seguridad a los ríos como límite de las razas.

En el estado de civilización, cuando el hombre domina al terruño y se sobrepone a él, la diversidad de lengua y de cultura da origen a otra clase de límites entre los pueblos.

El acaso o la suerte que rigen los sucesos humanos, han traspasado una y otra muralla natural, se han mezclado pueblos de distintas razas, han desaparecido lenguas enteras y nacido de sus ruinas otras nuevas. En todas estas alteraciones se ha mostrado la predominancia que las influencias morales ejercen en el hombre sobre las físicas. La influencia de la igualdad de clima y de origen desaparece y la misma raza acepta diferente forma, según que el acaso haya unido a una nación una de sus partes y a otra otra.

Esto creía notar yo aquí. A pesar de la innegable semejanza nacional entre ambos, tienen los bascos-franceses más ligereza francesa, y los bascongados más seriedad española. Los primeros que abandonaron sus antiguas moradas y se fijaron en Francia en tiempo

(1) Ordinariamente se considera a este río como el Magrada de los antiguos (*Oihenart*, p. 87. *Elores* XXIV, 15. *Mannert*, I. 355). El continuador de la España Sagrada, *Risco*, cree (XXXII, p. 90) el pasaje de *Mela* en que se menciona este río (pues ningún otro antiguo lo nombra) demasiado confuso para fundar nada en él.

de la total decadencia del imperio de occidente (probablemente a fines del siglo IV) en parte por sí y en parte llamados más tarde como mercenarios por el duque de Aquitania (1) se han nutrido del carácter general de los franceses del mediodía, y sobre todo las clases cultas se confunden entre ellos con los gascones, no solo en el nombre, sino también por el carácter; los bascongados, por el contrario, en todas sus clases sociales han conservado más su peculiar carácter, aunque sin embargo se han asemejado al resto de los españoles, cuyo lenguaje han adoptado en parte.

Cierto es, por lo demás, que la suerte de ambos ha sido distinta. Las Provincias Bascongadas anejas a España y de considerable tamaño han permanecido, a pesar de su dependencia de España, en cierto modo autónomas, se rigen por personas de su seno y según leyes propios y gozan de libertades sobre cuya conservación velan celosamente. Por la industria de sus habitantes y el próspero estado de su comercio se han elevado a tal grado de bienestar que en el resto de España sólo pueden competir con ellas Cataluña y Valencia. No es cosa de admirarse que los bascongados en España jueguen como nación un papel significativo que mira con cierta emulación el castellano menos emprendedor y activo, y que aún los más ricos y conspicuos de entre ellos se apasionen con entusiasta orgullo de su patria, a pesar de que educados en colegios españoles, o no han aprendido su propio idioma o lo han olvidado por completo.

Los bascos-franceses habitan pequeños e insignificantes distritos, no tienen absolutamente unión alguna política ni nacional entre sí y se pierden en la masa de la nación, de la que tan solo se distinguen por su idioma, sus costumbres, y su apasionado amor al hogar en el que desean alcanzar posición independiente. Aun estos rasgos bastante característicos son siempre suficientes para señalarlos como una raza completamente peculiar y distinta de los restantes vecinos franceses, y esto se ha comprendido tan bien desde tiempos atrás, que ni el pasado gobierno monárquico ni el actual republicano que ha nivelado todas las diferencias locales, han intentado disminuir a los bascos entre distintos cuerpos del ejército. Se ha formado con ellos regimientos propios con oficiales propios también, cosa que ignoro si se ha hecho fuera de Francia.

(1) Oihenarti *Notitia utriusque Vasconiaë*, p. 385-394.

Esta es la única forma, en cierto modo nacional, bajo la que se organizan en Francia.

A una hora poco más o menos del lado francés de la frontera topamos con un anciano con quien trabamos conversación. Cuando le preguntamos por la distancia de la marca fronteriza nos mostró una colina en que se elevaba la primera capilla española. «Allá iba yo todas las semanas a cumplir el precepto. Ahora que he quedado viejo y débil apenas puedo ir con trabajo una vez al año y tal vez tenga que morir antes de volver a verla.»

Había algo de conmovedor en el anhelo con que este piadoso anciano contemplaba a una tierra extraña para buscar en ella un consuelo que le había sido arrebatado de la propia, que es donde más lo necesitaba.

La llamada isla de los Faisanes es tan pequeña que cuesta trabajo comprender cómo pudo servir para un tratado político (1). La rigidez del ceremonial es lo único que pudo hacer elegir aquel sitio. No se sabía de cierto nada de tratado anterior de semejante género. Cuando Enrique IV de Castilla se reunió allí con Luis XI, quedó Luis dentro de sus dominios. Enrique con su riquísima y pomposa comitiva se colocó en barcas sobre el río. Desde el río se saludaron ya ambos monarcas, pero cuando Enrique abordó abrazáronse y fueron a una peña baja en la orilla. Allí estaban Enrique apoyado en la roca, Luis de pie frente a él y entre ellos un gran hermoso perro de caza sobre el cual apoyaban ambos reyes su mano. Así conversaron y firmaron el arreglo convenido de antes. Desde allí volvió Enrique a pasar el río y pernoctó en Fuenterrabía. El cronista español que nos ha transmitido estos detalles se irrita por la humillación que él ve en esto para su monarca, vitupera al arzobispo de Toledo y al marqués de Villena el haberlo dispuesto así y desahoga su mal humor, de manera genuinamente española en un juego de palabras que es difícil de traducir a otra lengua (2).

(1) Sabido es que en ella se cerró en 1660 la llamada paz de los Pirineos entre el cardenal Mazarino y D. Luis Mendez de Haro y Guzman Florez (II, 341) llama al río Vesduya.

(2) E porque todo lo que al rey convenia fuese de mal en peor quisieron que en aquellas *vistas*, o más propiamente ciegas quedase antes ofendido el Rey que honrado, más desautorizado que tenido en estima. Ca. lo que debiere ver en medio de los términos de Castilla e de Francia, hicieronle que pasase el rio y entrase en el reyno, no mirando a lo que la lealtad les obligaba e a la decencia de su rey convenia.

(Crónica de Enrique IV, impresa por Sancho, pero aún no editada).

III

GUIPUZCOA.—ASPECTO DEL PAIS

Por cualquier parte de los Pirineos que entre un viajero en España se verá sorprendido por impresión inesperadamente agradable, y difícilmente podrá separarse de allí sin que sienta en los últimos días de viaje cierto anhelo de volver a ella. Las provincias bascongadas y Cataluña son acaso las provincias más notables de España, y si no son las que más nos chocan a los septentrionales por la novedad de objetos, son ciertamente las más hospitalarias, aquellas en que el cambio de comarcas, el bienestar del país y el carácter de los habitantes son más a propósito para dar un tono plácido y sereno al ánimo. Aragón, su intermediario y una parte de Navarra por lo menos, presentan según todas las descripciones un aspecto triste y seco (1).

Ambas tierras (Cataluña y el país basco) costeras y montañosas, muy pobladas y bien edificadas, ofrecen una multiplicidad de objetos y una vida y movimiento que está en abierta oposición con la uniformidad de la naturaleza y la inactividad de los habitantes del resto de España. Valles y montañas se enlazan en forma casi siempre agradable, la vegetación es fresca y rica, los pueblos y villas muestran bienestar, agricultura, industria y los caminos públicos que crea para su tráfico el comercio. Los habitantes, a los cuales el vivir en montañas y junto al mar da inclinaciones y ocupaciones semejantes son igualmente osados. y hábiles y muestran en su fisonomía y facha ánimo, decisión y actividad. El bascongado tiene más de la diestra osadía del montañés, el catalán más de la sólida confianza en una prosperidad que es el fruto de una grande aplicación fabril y de un extenso comercio. En el primero se ven las huellas de una raza primitiva, ruda e inculta pero incorrupta y formada con fuerza y fuego por la naturaleza; en el último los restos de un pueblo negociante, considerable en otro tiempo por su influencia política y su riqueza interior. Ambos son, bien considerados, distintos en cada respecto, acusan distinto origen así como distinta suerte, pero quien los haya

(1) En el mismo tomo III de las obras de Guillermo de Humboldt en que se hallan estos bocetos se encuentra una descripción del Monserrat y Cataluña publicada en 1803 en el «Allgemeine geographische Ephemeriden» de Gaspari y Bertuch.—(N. del T.)

visto apenas podrá dejar de compararlos un momento, pues por su actividad, su espíritu emprendedor, y hasta por su agilidad corporal (los catalanes son tan conocidos en España por los mejores andarines como los bascos en Francia) ofrecen una semejanza tal que salta a los ojos mucho más aún por su oposición con los demás españoles.

No pocas veces es considerada Cataluña por los viajeros franceses como una continuación de Francia. De hecho conservan hasta en Barcelona costumbres y comodidades francesas; el idioma del país es nada más que un dialecto del de la Francia meridional y toda esta costa del Mediterráneo ha seguido por largo tiempo la misma suerte. Las Provincias bascongadas por el contrario tienen un aspecto completamente peculiar y situadas en la frontera hispano-francesa no presentan, sobre todo en sus habitantes, ni el carácter de Francia ni el de España. Costumbres y tipo físico son distintivos, el lenguaje es peculiar, en sus palabras, su formación y su entonación (1), e incomprendible aún en sus palabras más insignificantes para los extraños, a quienes suenan desacostumbradamente hasta los nombres topográficos que casi todos derivan en parte de sus antiguas radicales.

El primer pueblo en que comimos al mediodía en España fué Oyarzun. Es uno de los pocos que prueba de una manera patente la uniformidad con que se ha conservado el bascuence desde los más remotos tiempos. Los antiguos citan expresamente en esta parte de la costa un promontorio que consideran como el último hacia los Pirineos. Su nombre ha sufrido probablemente alteraciones diversas entre los escritores. Llámasele entre los distintos geógrafos Oeaso, Eason, Jarso y Olarso. Esta última dicción es la que más se aproxima al verdadero nombre y Plinio, que es quien cita así el lugar, añade que era un valle de los bascones (*Vasconum saltus Olarso*). Aun hoy se llama en bascuence *oyaná* a un bosque bajo. Oyarzo tiene la misma significación según el testimonio de escritores bascos (2) y claramente se ve que ya los romanos hallaron designada a esta comarca con el nombre mismo que hoy lleva debido a su condición natural y alterado en algunas letras por el desconocimiento del idioma.

Después de los romanos, en la edad media, vuelven a hallarse noticias del valle de Oyarzo que entonces se extendía desde el puerto

(1) Sobre todo esto último que es en lo que menos se fijan los escritores. Volveré sobre ello alguna vez.—(N. del T.)

(2) Oihenart, p. 169.

de San Sebastián hasta el Bidasoa. Ocupaba el golfo que allí forma el mar y era renombrado entre los escritores españoles por el animo y la fortaleza corporal de sus habitantes. Por esto diéronle desde tiempos antiguos los reyes de España privilegios y prerrogativas especiales. Desde el siglo XIII han conservado algunos de los lugares que a él pertenecen libertades y jurisdicción propias; después se ha limitado el nombre de Oyarzo a un pequeño distrito y ya solo le lleva el país comarcano a la villa de Oyarzun. En su anterior extensión contaba fuera de este último los lugares de Fuenterrabía, Rentería e Irún y el puerto que hoy se llama el Pasaje y entonces puerto de Oyarzo. Es el valle tan selvático que tiempo ha habido en que la villa de Rentería sola poseía 29 navíos mercantes contruidos con madera propia. En tiempo de los romanos extendiase la comarca que llevaba este nombre hasta San Sebastián, y el promontorio Oeaso de los antiguos es probablemente el actual monte Jaizquibel (1) que va desde la punta de Higuera hasta el puerto del Pasaje a cuyo pie está el mencionado valle, y la ciudad pudo haber estado al lado opuesto del actual Oyarzun, sea que Oeaso (2) y Olarso sean

(1) Este nombre es nuevo. La etimología de su primera sílaba radical me es desconocida. Su terminación viene de *gibelak*, las espaldas, y expresa que el monte esté detrás de otro denotado en la sílaba radical. Así se dice con pequeña transformación de sonidos, *eliz-gibela*, detrás de la iglesia. Risco fija el pueblo Oeaso en medio del puerto del Pasaje contra una eminencia, que se llama Basanoaga (XXXII, 187). Mannert (I. 355) dice que Oeaso está más adentro del golfo (?). Quizás antes el mar penetraba más en la tierra. En Rentería se ve aún esto, lo que antes era un astillero son ahora jardines y el puerto corre peligro de hundirse cada vez más. V. Risco. I. c. p. 186.

(2) Hermolaus Barbarus quiere rehacer según la lección de Plinio, Olarso, todas las de los demás geógrafos. Pero dejando a un lado que el mejorador solo debe rehacer en el texto del escritor lo que quiso y no lo que debió decir, todavía sigue inadmisibles las proposiciones porque aparecen muy dudosas las alteraciones que haya podido sufrir la palabra bascongada original. Se comprende fácilmente que se confundieran *oi* y *oe* pues *oyá* y *oëá* tienen el mismo valor y ambas significan la cama. No me parece muy inexacto considerar este vocablo como la raíz de *oyaná* y *oyarzo*. *Oyá*, *oëa*, *oatzea* y *ohatzea* se llama en singular a una cama o un nido, en plural *oyak* u *oëak* a las encías. Estas últimas se llaman también *obiak*, y *obia* significa la tumba. Estas diferentes significaciones que es muy difícil sacar inmediatamente unas de otras, parecen referirse a un significado primitivo común; y en este caso parece el más ajustado el de vacío o cavidad como ocurre en nuestro *oede*. Si se compara este último como hacen algunos filólogos con el griego *oios* y no se considera a la *d* como radical, podría el bascuence *oya*, *oëa*, *obia* (cambiado el acento) pertenecer a la misma radical que significó originariamente hueco, y de aquí pasó a denotar la tumba, el nido y las encías (como cavidades de los dientes), después vacío y de ahí algo que pueda servir de acostadero, una cama, finalmente vacío de edificaciones, despoblado, desierto, cuyas comarcas se llenan de bosque y de aquí la significación de tal. Como en

distintas denominaciones de la Ciudad y del valle, o solo alteraciones de uno mismo (1).

Otro ejemplo de un nombre del bascuence antiguo alterado en tiempos posteriores nos da la pequeña fortaleza fronteriza conocida por la guerra entre España y Francia, Fuenterrabía. En documentos del siglo XIII se le llama Ondarribia y Undarribia (2), y recibe este nombre como otro lugar en esta costa, Ondarroa, de su posición junto a un arenal que se halla en su cercanía. Del mismo nombre que yo creo el primitivo y al que los bascos llaman aún Ondarribia, han hecho los franceses Fontarrabie y los españoles Fuenterrabía, y algunos escritores latinos traducen esto por *fons rapidus* o *rabidus*, una elegancia contra la que se levantan tanto el buen gusto como la etimología.

En un país que es tan especial, donde casi todo pertenece a los indígenas y casi nada a los forasteros, no es acaso inútil parar la atención en pequeñas circunstancias que lo prueban, y que difícil-

bascuence *olá* significa tabla, podría quizás hacerse servir esto para explicar *Olarso*. Pero esta palabra parece pertenecer a otra familia. Séame permitido hacer notar de paso que de esta palabra viene *oltza*, un montón de un edificio de tablas, tablaje, en que es fácil recordar nuestro alemán *holz*. Esta semejanza de vocablos bascos y alemanes debe extrañar tanto menos cuanto que de hecho entre las radicales de ambos idiomas domina una semejanza no pequeña. Esto lo ha notado ya Eccard (*De origine Germanorum*. ed. Scheidii, p. 28). Compara con el mismo vocablo bascongado *oea* el alemán *eja* y *wiege* (cuna), aunque nada se puede determinar. Aun insistiré sobre esto próximamente en un lugar más a propósito (*).

(*) A pesar de la competencia de Humboldt en materias filológicas debo decir que esta como todas las comparaciones que han querido hacerse entre el bascuence y las lenguas germánicas carece de fundamento. Entre el arianismo de las lenguas germánicas y el carácter aún no bien determinado del euskera no parece haber relación. En el caso concreto en que aquí se ocupa Humboldt diré que si atendemos a la forma *ogerá*, a la cama, la radical parece ser *oge*; el vocablo *oltza* que Humboldt cita no lo conozco. Por lo que se refiere al vocablo alemán *oede*, que el autor compara a *oyá*, etc., tiene un origen en el gótico *autha*, de donde *authas*, vacío, *authida*, desierto; antiguo alto alemán *ödi*; alto alemán medio *oede*. Comparando *autha* a *oge* se ve desaparecer toda la ilusión. Respecto a *holz* madera, sueco *holt*, deriva del gótico *hulta*, eslavo-alemán *kalda*, raíz derivada de *kal*, derribar, ahuecar.—(N. del T.)

(1) Véase sobre la historia de este valle a Risco, continuación de la «España sagrada», tomo 32, p. 146.

(2) Oihenart. p. 168. Risco XXXII. 150. Este último afirma que el nombre Ondarribia es posterior al usual en España y Francia (p. 153) pero sin fundamento suficiente (**).

(**) Opine lo que opinare Humboldt, y su parecer es siempre atendible, me resisto mucho a creer, dadas las leyes fonéticas a que obedece el castellano en su formación, que de Ondarribia hayan hecho los españoles Fuenterrabía. Podrían ambos nombres derivar de un tercero, o ser hasta cierto punto y a pesar de su semejanza, en cierto modo independientes, sin más que la acción de la analogía.—(N. del T.)

mente pueden ocurrir al mero transeunte (1). Por lo demás la memoria halla en los hermosos valles de Guipúzcoa que atravesaba nuestra ruta más rica materia digna de atención en la naturaleza de la comarca y de los habitantes que en secos nombres.

Desde que abandonamos Oyarzun, nos encontramos demasiado en el interior para poder gozar de la vista del mar. Nos habíamos ya despedido de él aunque con el propósito y la esperanza de volver a verlo en la otra banda de España, no tan intranquilo y borrascoso como se precipita desde alta mar en el estrecho golfo de Bizcaya, de navegación siempre peligrosa, quizá con riberas no tan pintorescas como las costas del Norte pero mayor y más majestuoso en la hermosa bahía de Cádiz.

Si se mitiga el aspecto salvaje y la fructífera grandeza de una comarca montañosa con el cambio agradable y sorprendente de valles y montañas, la rudeza de un clima del Norte con gratas brisas y frescura fortalecedora; si se presta a la poderosa vegetación septentrional un crecer más rápido y vigoroso, si se cambia la seriedad fría y hosca a las veces de sus habitantes con parte de la viveza y serenidad de los meridionales, se tendrá un cuadro fiel de la parte de las provincias bascongadas que atravesábamos. Siéntese uno en el norte, la atmósfera ya a principios de otoño no es suave, se hallan aquí los productos que entre nosotros y en el norte de Francia y faltan los más delicados del sud, naranjos, palmeras, almendros, hasta olivos; y esto es lo que distingue singularmente a estas provincias de Cataluña que como ya he hecho notar más arriba, ofrece más de un punto de comparación con ellas (2). Pero este norte es el norte de España y la vegetación halla en el rico regadío una compensación más que suficiente a la crudeza del clima. Estas provincias son notables por sus frutos, abundan las cerezas, manzanas y peras de distintas clases; al vino no le falta más que una elaboración cuidadosa para llegar a ser acaso afamado en el extranjero, y aún los melocotones que son más abundantes que en el resto de

(1) Un hombre que como Humboldt viaja sabiendo por dónde y consultando obras, no fiándolo todo a la ignorante inspección, aprende más en cuatro días acerca del país que recorre, que lo que en la temporada de baños el aluvión de bañistas que visitan el país basco; tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, y se permiten luego dar juicios.—(N. del T.)

(2) Estas diferencias que observa Humboldt son las que han hecho establecer en España dos regiones, atendiendo al clima, la fauna y la flora; la región cantábrica, al norte del Pirineo cantábrico, propiamente europea, análoga a la del centro de Europa, y la región mediterránea, análoga a los países mediterráneos. Por lo demás en Bizcaya, aunque como caso raro y aún no tanto como se cree, se encuentra el naranjo.—(N. del T.)

España son tan jugosos y tiernos, que recogidos en el viaje no se secaron hasta Madrid. Los melocotones del real sitio de Aranjuez proceden de éstos, pero no conservan su excelencia.

Los valles y las montañas se suceden y limitan en Guipúzcoa de un modo más pintoresco que en otro país cualquiera. A cada ojeada el aspecto del país cambia; el horizonte está cerrado casi por todas partes y el ojo abarca siempre pequeñas extensiones, nunca vertientes tan grandes, tan extensas cordilleras como en la igualmente accidentada pero más amplia Cataluña. En conjunto presenta el aspecto de un país montuoso; rápidas regatas atraviesan en varias direcciones casi todos los campos, multitud de molinos son movidos por pequeños pero poderosos torrentes y de tiempo en tiempo encontramos ferrerías; en todas partes se manifiesta el paso seguro y atrevido de un pueblo acostumbrado a subir montañas. En casi ninguna parte se ven rocas desnudas; los montes cubiertos de verdura hasta su cima; se mezclan heredades, pastos y bosques. Estos últimos son en su mayor parte de robles y encinas tan frecuentes por toda España. Los robles se hallan comunmente a más profundidad que las encinas y ambos presentan cubiertos de follaje un aspecto de fortaleza. Aquí no se halla la exuberancia de vegetación que tanto atractivo da a las orillas del Garona, no hay viñas que trepan por los esbeltos olmos, pero no se echa todo esto de menos allí donde la altura de los árboles, aunque menor, se muestra espesa y empenachada, donde la elevación de las yerbas y los cereales ofrecen una belleza máscula que tan bien cuadra al carácter de un país montuoso.

En las provincias bascongadas no se conocen las grandes propiedades, tan ruinosas para la población y el cultivo, pues exceden a los alcances de una labor cuidadosa. En Guipúzcoa principalmente la división de la propiedad llega a su más alto grado (1), así es que no se ven como la mayor parte de las demás provincias españolas entregadas a la devastación de los ejércitos y los rebaños y a la imprudencia de los pasajeros (2) sino que están en su mayoría cerradas

(1) Jovellanos. Sobre la lev agraria, p. 27.

(2) be esto se queja ya Herrera. t. I. c. 17. «Se siembran guisantes, dice, no lejos del camino. No pasa junto a ellos cuando están tiernos quien quiera que sea, un fraile en tiempo de cuaresma, que no se lleve un puñado. Las ovejas hacen allí alto, y si caen mujeres? no hay tormenta que haga más estragos» (*).

(*) No he consultado el texto original y como Humboldt da esta cita en alemán, la traduzco. Aprovecho la ocasión para decir que el no verse en Guipúzcoa los sembrados expuestos a las torpezas del pasajero depende de éste más que de los setos.—(N. del T.)

las heredades con setos vivos que recrean la vista del transeunte. En todas partes se ven huellas de la incansable actividad y aplicación de los habitantes, que es lo que más ostensiblemente les distingue de sus vecinos de Castilla. A esta su aplicación debe atribuirse el que con un trabajo que da realmente lástima arranquen a un suelo ingrato y un cielo duro lo que apenas producen por naturaleza las demás provincias españolas, más favorecidas ciertamente. El suelo, sobre todo en algunas comarcas, opone increíbles dificultades y es tan pedregoso y arcilloso que sin una labor especial no daría más que espinas y abrojos. El trabajo del rastro y el arado no basta para vencer la solidez de los terrones, que hacen imposible la introducción de las raicillas finas, es precisa la ayuda inmediata de la mano del hombre. Como un solo trabajador no puede servirse de él, tienen que reunirse varios para hacer uso de un instrumento propio, solo aplicable aquí, a manera de tenazas, con el que rompen grandes, terrones y los vierten como con una pala. Llámase a este instrumento, en cuya descripción no quiero proseguir (1), *laya* (2), y con él trabajan siempre en compañía, de donde ha nacido un idiotismo español que es muy usado, sobre todo en Andalucía. «Son de una misma *laya*» se dice, como entre nosotros «*Sie sind eines Celichters*» (3). En medio de esta laboriosidad, son los bascos el pueblo más animoso y expansivo que puede verse, y al día de labor más fatigoso sigue a menudo música y baile. A ningún viajero puede escaparle la diferencia entre su serenidad y la indolente gravedad del castellano. No viven en la necesidad y estrechez de éste sino con toda la comodidad del bienestar, donde aquí se hallen mendigos rara vez son naturales sino casi siempre forasteros. Alimentan un noble patriotismo, un manifiesto orgullo de las prerrogativas de su país, de la antigüedad y fama de su pueblo. Si se habla con ellos o se les observa, si se fija uno en su marcha ágil y ligera, en la atrevida seguridad de su mirada, se ve claramente que se gozan en sí mismos y en su patria, junto a la cual nada les parece estimable. Tienen una tendencia sensible a hacerlo notar a los extraños. Yo recuerdo que cuando fuí a pasear junto al río de Vergara encontré

(1) Quien desee conocerlo mejor, vea Bowles. Hist. nat. de España, p. 289.

(2) *Laya*, *layatu*, *layari*, con que se denota el instrumento, la operación y el trabajador parecen estar emparentados con laguna, compañero, y acaso tienen el mismo origen.

(3) Es difícil traducir esto. *Gelichters* solo se usa en este caso.— (N. del T.)

a un hombre desconocido, del pueblo. Me habló, alabó el país, me preguntó a dónde iba y cuándo, le dije que a Madrid, alabó también a Castilla, su extensión, su fertilidad, etc., «pero los hombres, añadió con vivacidad, no son allí tan buenos como aquí, ni tan bravos ni nobles», y se alejó rápidamente después de haberme ensalzado su país, para lo que se había detenido. Estos sentimientos viven en el pueblo y en todo aquel que no ha perdido por educación extraña su carácter nacional, les son legados por sus padres. En la nación en que tales sentimientos dominan y en que aparte del bienestar de la clase media se halla una organización ajustada al país y una casi completa igualdad de clases, debe circular por las venas sangre serena y sana y el hombre debe ser igualmente apto para las penalidades del trabajo que para los recreos del placer.

El mismo aspecto de bienestar presentan las villas y hasta los pueblos. Están limpia y bonitamente construídos. Los ángulos, de las casas, así como las guarniciones de las ventanas y puertas son siempre de piedra tallada; las calles tienen aceras para los peatones. La arquitectura es ya desde la primera casa pasado el Bidasoa, completamente distinta de la francesa y genuinamente española. Los tejados más planos, las casas más profundas y casi cuadradas por completo, las ventanas más rasas y sobre todo se ven balcones que tan importante papel juegan en las novelas y comedias españolas.

Todo esto lo notamos sobre todo en Tolosa, nuestro primer alojamiento de noche, una bonita villa de campo, junto al río Oria o Araxes. A este río se le ha tenido erróneamente por el Iturissa de los antiguos. El Araxes parece ser el Menlascus, aunque es dudoso cuál de los cuatro pequeños ríos de esta parte de la costa debe considerarse como tal (1). No es poco chocante que entre una multitud de nombres topográficos indígenas y algunos romanos, se halle un pequeño río como el Araxes, con nombre oriental. Algunos escritores españoles han creído ver en esta semejanza de nombres entre un río basco y otro armenio, vestigios de una primitiva población armenia en el país basco y a darles crédito establecen aquí la inmediata descendencia de Noé y dan a los montes y ríos de esta comarca los mismos nombres que hallaron sus antepasados en las cercanías del arca. La montaña Ararat y la cordillera basca del Aralar, el monte Gordieyus de Josefo y el Gorbea de Alaba, la misma Armenia y el pequeño pueblo de Armentia, parecen servir de pruebas a esta singular

(1) Risco XXXII. 183.

afirmación (1). Por fácil que sea reducir a su justo valor ensueños (Traumereien) de esta clase, siempre seguirá siendo cosa notable el hallarse en esta comarca el extraño nombre de Araxes, tanto más cuanto que no proviene de los escritores romanos, y que se han notado semejanzas entre el bascuence y algunos idiomas asiáticos (2). Plinio (VI. 22, l. 320. 2.) ha mencionado un río Cantabras que cae en la India. El autor de la «Noblesse des Basques» concluye de esta afirmación (p. 63) una emigración de bascos a la India.

La impresión de hallarnos en país extranjero se renovó a nuestros primeros pasos por Guipúzcoa, por un ruido singular. que sorprende y admira al viajero antes de acostumbrarse a él. Me refiero al chillido chirriante de los carros de bueyes que se encuentran a cada paso. Las ruedas de estos carros son discos completos sin separación de radios, y en vez de girar sobre el eje gira el eje con ellos. Esto ocasiona un chirrido arrastrado y penetrante, que oído sobre todo a la caída de la tarde y de lejos, cuando al pronto no se descubre su causa, produce una impresión singularmente triste y opresora. Townsend, que vió en Asturias estos carros, y los describió exactamente, halla en este chirrido «un manantial inagotable de tranquilo placer para los españoles» y afirma que lo hacen adrede para animar a los bueyes (4). Esto último puede tener fundamento, lo primero es muy difícil que lo tenga, sobre todo aquí. El despierto y alegre basco no necesita tan triste y adormecedora melodía. Este chillido ha dado ocasión a una frase entre los bascos, «cuando el buey debe quejarse, dicen, hácelo el carro» (4), una prueba de cuánto choca esta queja aún al pueblo y cómo es cosa que pertenece a la fisonomía del país.

De este ruido se distingue el del tiro de mulas que acompaña

(1) Tengo un amigo que ha hecho una lista de nombres análogos en el país basco y en las orillas del lago de Tanganica, y lo mismo podrían hallarse semejanzas en cualquier otra parte.—(N. del T.)

(2) Risco. XXXIII. 231.

(3) Aunque es difícil que los mismos que siguen una costumbre tradicional y hereditaria sepan siempre la razón de haberse establecido, entre las explicaciones que dan de ésta es una que el chirrido del carro sirve de aviso a otros carreteros para evitar el encuentro de dos carros en medio de un camino estrecho.—(N. del T.)

(4) Es imposible imitar el laconismo del lenguaje basco, sobre todo en los giros. Aquí por ejemplo se dice sencillamente «*idiak erassi bearrean gurdiak*». Toda mala inteligencia desaparece, pues el bascuence es el único idioma entre los que conozco que con una mera partícula unida al sustantivo, indique si es agente o paciente. En el primer caso se pone una *k* o *ik* detrás de la palabra, lo que falta en el último caso y esta sola adición expresa lo que nosotros tenemos que hacerlo con el verbo.

constantemente al viajero desde Bayona a Madrid. Cada mula lleva sus cascabeles en el cuello, la última del tiro lleva detrás del arreo una monstruosa campanilla que se llama cencerro zumbón. Si se une su ronco sonido continuado al de los carros de bueyes, se tendrá el concierto más singular, ya que no el más agradable.

IV

VITORIA

Casi detrás de Salinas que está poco más o menos a mitad del camino entre Mondragón y Vitoria se deja Guipúzcoa y se entra en Alaba. Después de haber traspuesto una alta montaña se llega a un país llano, y los graciosos valles y montañas que hasta entonces nos acompañan, se pierden en una comarca fértil y bien poblada, aunque menos plácida.

Vitoria debe su fundación al rey Sancho el Sabio de Navarra. Este había sostenido allí luchas de frontera con Alfonso el Noble (llamado por unos III y VIII por otros) que finalmente y después de muchos vanos ensayos ajustaron un tratado entre Nájera y Logroño, a consecuencia del cual quedó el río Zadorra como límite occidental de sus dos reinos. Para dar a estos límites más solidez rodeó con murallas el lugar de Gasteiz, lo pobló con inmigrantes llevados allá, lo fortificó con torres según costumbre de aquellos tiempos y le puso por nombre Victoria. Esto sucedió en 1181. Desde entonces Armentia, que había sido asiento del obispado y ya solo constaba de algunas casas, fué decayendo y Vitoria llegó a ser capital de la provincia de Alaba, por los privilegios concedidos por Sancho y los reyes sucesivos. Aún se ve en la parte septentrional de la colegiata una torre y un considerable trozo de la muralla que Sancho elevó allí para el castillo.

Los bascongados aseguran que el nombre de la ciudad es de origen basco y lo sacan de *bitorea*, excelente, sobresaliente (1). Rechazan

(1) También se ha querido derivar el nombre Vitoria de Bit-uria, dos pueblos, aludiendo a Gasteiz y Armentia. La *t* se supone eufónica, aunque el estudio detenido parece tender a demostrar que ni en bascuense ni en otras lenguas hay tales letras eufónicas y las que se tienen por tales son huellas de sonidos perdidos ya en la palabra aislada y conservados en el compuesto. No se divagaría tanto en etimologías si no pasara con

la manera de escribirlo que se halla en varias partes, Victoria. Pero si se ven las noticias de la fundación de Sancho se ve claramente (1) que creía dar a la ciudad un nombre latino y probablemente escogió el actual en la suposición de que había habido antes en el mismo asiento una ciudad romana de igual nombre, opinión que aunque inverosímil ha hallado últimamente partidarios.

Vitoria tiene por el comercio y la industria toda la importancia de una capital de provincia. En todas partes resplandece vida y bienestar, se ven muchos edificios grandes y notables entre los cuales se señala la plaza del mercado establecida en 1791. Es cuadrada, hecha de piedra y consta de 34 casas, entre las cuales la mayor es la consistorial. La construcción no se separa en nada de la usada en las demás plazas de España. Hay soportales al derredor y cada ventana tiene su balcón de hierro, disposición necesaria en las ciudades que no teniendo anfiteatro para las corridas de toros, tienen que servirse del mercado para ellas. Por la parte exterior rodean a la plaza cuatro anchas calles de modo que cada casa tiene una segunda entrada que no está obstruída por el tumulto del mercado.

El viajero debe aprovechar el tiempo que tiene que detenerse en Vitoria para la requisa del equipaje en ver algunos cuadros en la iglesia y colecciones privadas, de los cuales hay aquí muchos. El que más llamó nuestra atención, fué una Magdalena del Ticiano en casa del Marqués de la Alameda. La figura, es de tamaño natural, de pie y vestida. La cabeza tiene inclinada hacia la derecha y los cabellos le caen sobre el pecho y las espaldas. La hermosura de este cuadro consiste sobre todo en la profunda dignidad que el pintor

ellas lo que pasa en España con problemas sociales y religiosos, que todo el mundo, sin conocimientos especiales, se cree autorizado a resolverlos, y lo que es peor no conceden autoridad a los versados en tales materias. Aquí, donde tan pocos se dedican a la difícil ciencia filológica, donde apenas hay idea entre escritores por otra parte ilustrados de lo que son las leyes fonéticas, son muchos los que echan su cuarto a espadas en etimologías, suponiendo cosas tan estupendas como el cambio en castellano de la final *a* en *os*.— (N. del T.)

(1) Véase esto mismo en Moret, Investigaciones históricas de las antigüedades de Nabarra, p. 669. Vobis omnibus populatoribus meis de noua Victoria.... et in praefata villa cui *novum* nomen imposui, scilicet Victoria, quae antea vocabatur Gasteiz. En tiempo de Sancho se derivaba todo lo que tenía cierta grandeza del latín. Si hubiera tenido en este caso una palabra indígena se habría mencionado probablemente. A menudo se alteraban los nombres desconocidos para poner en su lugar otros más resonantes y eruditos. V. Oihenart, p. 22.

ha hecho conserve la fisonomía y postura en medio de la expresión de arrepentimiento. Libre el artista del propósito mezquino de dar mayor encanto a la hermosura femenina por el conocimiento de la culpa, propósito que rebaja una de las exposiciones del arte moderno a lo más vulgar, ha tratado Ticiano de conservar bien el objeto de la obra. La Magdalena que nos presenta no se desnuda de un adorno que nada tiene que ver con su pasado, no eleva al cielo sus ojos bañados de temerosas y débiles lágrimas, su mano descansa sobre el corazón, su mirada vuelta a sí misma, irritada y asustada en verdad pero fijamente dirigida a un punto. No tiembla ante un juez extraño sino que reconoce con horror en sí misma al desaprobar inexorable. No consiste la dignidad humana en la contricción llena de remordimiento está más en el reconcentramiento que confunde, pero fortifica.

En la casa de la sociedad patriótica cuyo origen y servicios son bien conocidos por otra descripción de viaje, se hallan muchas inscripciones romanas halladas en la provincia de Alaba. Allí ví dos trozos de suelo de mosaico que solo ofrecen decoraciones.

Entre las personas que en Vitoria se ocupan de literatura conocí a un erudito sacerdote, D. Lorenzo Trestumero (1), a cuya amistosa solicitud debo, aun después de mi vuelta de España, muchas noticias interesantes, sobre todo acerca del idioma basxo. Se ocupa en esto hace años, ha reunido materiales para una descripción de Alaba, y si prosigue fiel en sus propósitos de participar este trabajo a la Academia de la Historia de Madrid para el Diccionario geográfico-histórico que ésta prepara, este artículo se distinguirá entre otros muchos por su perfección. Abraza todo el estado físico y político de la provincia, entra en la Historia de cada lugar, cada villa y cada monasterio, y entre los trabajos que me mostró ví no solo tablas detalladas y trabajosamente hechas del número de habitantes, total de cosechas, topografía de los diferentes distritos, datos de la altura de las montañas y distancias de los lugares, investigaciones etimológicas sobre los nombres geográficos, etc. etc. Sobre todo lo que más ha investigado este aplicado sacerdote es cuanto se refiere a la antigüedad y me enseñó dos tomos en folio de inscripciones antiguas y modernas, halladas dentro de los límites de Alaba y parte aún existentes. El número de las inscripciones romanas es tan grande que según me dijo la iglesia de San Román está en gran parte edifi-

(1) Léase «Prestamero». (J. de U).

cada con piedras de inscripciones, las más de las cuales están estropeadas e indescifrables.

Desde Vitoria hasta la ribera del Ebro el camino es llano y la región insignificante. Antes que pasemos por el Ebro a los secos campos de Castilla, bueno será volver la mirada a las agradables provincias bascongadas.